

## CAPÍTULO V

El Zagal y Boabdil.—Sumision de Loja, Velez y Málaga

DE 1486 Á 1487

mente partieron embajadores á Málaga á llevar al Zagal la nueva de su proclamacion. Viniendo este camino de Granada con su amigo el valiente Reduan Venegas, encontró en una pradera de Sierra-Nevada á unos ciento veinte cristianos que descuidadamente al pié de un arroyo gozaban de la frescura de unas alamedas. Eran caballeros de Alcántara, que de Alhama habian salido á hacer una excursion de órden de su gobernador el clavero don Gutierre de Padilla. El Zagal cayó impetuosamente sobre ellos, y degollados todos sin que se salvara ninguno, entró en Granada orgullosamente con su escuadrón, ostentando los jinetes las lividas cabezas de los cruzados cristianos que de los arzones de sus sillas llevaban colgadas. Excusado es decir con cuánto aplauso recibirían al nuevo emir los moros granadinos (1).

Otro triunfo ganado á poco tiempo (3 de setiembre) por Reduan Venegas á las inmediaciones de Moclin sobre una hueste de caballeros é hidalgos capitaneados por el conde de Cabra, en que este noble caudillo á duras penas pudo salvarse herido, y en cuya gente se cebaron las lanzas moriscas, acabó de acreditar entre los moros el gobierno de su nuevo soberano el Zagal. La pena que la reina Isabel sintió por el desastre de Moclin, se templó algun tanto con las conquistas de Cambil y Alhajar en la frontera de Jaen, debidas á los certeros ataques de la artillería dirigida por el ingeniero Francisco Ramirez de Madrid, y con la de otra fortaleza junto á Alhama, hecha por los caballeros de Calatrava capitaneados por el clavero Padilla. Con esto vinieron ya mas consolados los reyes al reino de Toledo, donde los llamaban asuntos pertenecientes al gobierno del Estado.

El viejo Muley Hacén, que despues de la forzada abdicacion se habia retirado sucesivamente á Illora, á Almuñecar y á Mondújar, en busca de distraccion y de salud, sin que bastaran ni la tranquilidad del desierto, ni el aire puro de la montaña, ni el aroma de deliciosos jardines á hacerle recobrar aquellos dos bienes, acabó al fin la carrera de sus dias en los brazos de la sultana Zoraya y de sus dos hijos Cad y Nasar (2). Hallábase á la sazón en Córdoba su hijo Boabdil el Chico, á quien lejos de apesadumbrar la muerte del que habia mirado siempre mas como enemigo que como padre, le infundió esperanzas de recobrar el trono. La sultana Aixa su madre, á fin de desahacitar y hacer odioso al Zagal que quedaba reinando en Granada, hizo con su acostumbrada malicia cundir la voz de que un filtro suministrado por este era el que habia puesto término á los dias de Muley. La calumniosa especie no fué difundida en vano entre los suspicaces moros; los partidos se enconaron de nuevo, y los hombres pensadores y enemigos de disturbios se estremecian á la sola idea de que pudieran reproducirse las trágicas escenas que habian hecho correr tanta sangre por las calles de Granada. En tal situacion se discurió y fué adoptado como un pensamiento feliz, y como el único medio de conciliar las pretensiones del tío y del sobrino, dividir entre los dos el reino; que el Zagal imperaria en las ciudades de Almería, Málaga, Velez, y en el territorio de Almuñecar y la Alpujarra, donde habia ejercido mandos y cuyo país le era generalmente devoto y adicto; y que Boabdil dominaria la parte limitrofe á las fronteras cristianas, que se suponía habrían de ser mas respetadas por sus relaciones con los reyes de Castilla: los dos soberanos residirían simultáneamente en Granada, aposentado el Zagal en el alcázar de la Alhambra, Boabdil en el palacio del Albaicin.

La intencion con que cada uno de ellos suscribió al convenio y los resultados que produjo los veremos en otro capítulo.

(1) Bernaldez, c. 76.—Conde, ubi sup.—El sitio en que acació esta catástrofe se llamó el *Llano de la Matanza*.

(2) El Cura de los Palacios dice que su cuerpo, llevado á Granada en una humilde mula, fué enterrado por dos cautivos cristianos en el cementerio de los reyes. Pero el moderno historiador de Granada, Lafuente Alcántara, refiriéndose á la tradicion del país y á una obra manuscrita de don Francisco Córdoba y Peralta, titulada *Historia de las montañas del Sol y del Aire*, dice que se mandó enterrar y que fué realmente enterrado en el cerro mas alto de Sierra Nevada, y que aun conserva el nombre de *Pico de Mulhacem* la majestuosa cumbre de aquella sierra.—Hist. de Granada, tom. III, c. 17.

Resultado de la particion del reino granadino.—Declara Fernando la guerra á Boabdil.—Sitia segunda vez á Loja.—Combates: asaltos: capitulacion.—Condiciones á que se sujetó el rey Chico.—Evacuan los moros la ciudad.—Rendicion de Illora.—Preséntase la reina Isabel en el campamento de Moclin: entusiasmo del ejército.—Trajes de la reina y de sus damas: tiernas ceremonias.—Ríndense varias fortalezas.—Guerra á muerte entre Boabdil y el Zagal en las calles de Granada.—Fomentanla los cristianos.—Aventura del comendador Juan de Vera dentro de la Alhambra.—Don Fadrique de Toledo y el capitán Gonzalo de Córdoba.—Expedicion de un grande ejército cristiano á Velez Málaga.—Dificultades, trabajos y peligros que venció en su marcha.—Sitio de Velez.—Riesgo que corrió la vida del rey.—Derrota del Zagal.—Rendicion de Velez.—Importantes resultados.—Ciérransele al Zagal las puertas de Granada.—Cercan los cristianos á Málaga por mar y tierra.—Situacion, riqueza y fortificaciones de Málaga.—Valor, inflexibilidad y duro carácter del terrible Hamet el Zegrí.—Emplea Fernando la artillería gruesa contra la ciudad.—Combates sangrientos.—Suplicios horribles ejecutados por Hamet.—Desánimo en los reales de los cristianos.—Aparécese la reina Isabel en el campamento: efecto mágico que produce.—Lance ocurrido con un santon musulman: peligro que corrieron el rey y la reina de ser asesinados por el fanático moro.—Hambre horrible en Málaga.—Predicaciones de un profeta: entusiasmo al pueblo: política de Hamet el Zegrí.—Salida impetuosa de los moros: galantería de Ibrahim Zenete: última batalla.—Resolucion del indómito Hamet.—Proponen los malagueños la rendicion.—Duras condiciones que les impone Fernando.—Protesta heroica de los malagueños.—Carta sumisa al rey.—Ríndense á discrecion.—Entrada de los reyes en Málaga.—Prision de Hamet el Zegrí: su indomable espíritu.—Cautiverio de todos los habitantes de Málaga.—Medidas de gobierno que toman los reyes.—Vuelven con el ejército victorioso á Córdoba.

El resultado de la particion del reino granadino entre el Zagal y Boabdil fué el que debia esperarse, y el que esperaba sin duda el rey Fernando, conocedor de las pasiones de los hombres y de la mala voluntad que mutuamente se tenían los dos príncipes musulmanes. Ni el uno ni el otro habian aceptado el convenio de buena fe, y de ello se regocijaba en secreto el rey de Aragon. Así fué que Abdallah el Zagal previno desde luego á los walíes de Almería y de Guadix que estuviesen dispuestos á ayudarle contra Boabdil su sobrino, y este por su parte notició á Fernando el cristiano que la mitad del reino habia quedado bajo su obediencia, y que siendo feudatario de Castilla esperaba se abstendría de hacer la guerra á los pueblos de sus dominios. Dando el astuto esposo de Isabel á la comunicacion del rey Chico una interpretacion y un sentido en que sin duda no pensó el musulman, mostróse ofendido y receloso de su alianza con el Zagal, y dióle á entender que lo consideraba como una confederacion contra Castilla, impropia de su amistad, á la cual necesitaba hacer frente con las armas. El objeto de Fernando era intimidar á Boabdil, obrar como si no le ligase con él ningun compromiso, separarle de la alianza de su coreinante, y mantener viva la rivalidad entre los dos príncipes sarracenos.

Con grande asombro y no poca indignacion supo el rey Chico que una numerosa hueste cristiana de doce mil infantes y cinco mil caballos marchaba sobre Loja (mayo, 1486), una de las ciudades mas importantes de su pertenencia. Aquello no era sino una parte del grande ejército de cuarenta mil peones y doce mil jinetes que Isabel y Fernando habian llegado á reunir en Córdoba. Mandábase en jefe el mismo rey, y llevaba por caudillos al maestre de Santiago, al marqués de Cádiz, á los condes de Cabra y de Ureña, á don Alonso de Aguilar, al adelantado de Andalucía y á otros ilustres campeones. Además del enojo que produjo en Boabdil esta conducta de Fernando, en cuya amistad habia creído poder fiar, enardecieronle los alfaquíes de Granada y excitáronle á que acudiese lo mas brevemente posible en socorro de los de Loja, y así lo hizo, presentándose con cuatro mil hombres de á pié y cinco mil de á caballo en la plaza de la ciudad muy poco antes que se vieran tremolar los pendones cristianos en

una de las lomas que la dominaban. Entre los capitanes de Boabdil se contaban el brioso y terrible Hamet el Zegrí con sus negros africanos, y el hijo del famoso alcaide de Loja, Aliatar, llamado Izam ben Aliatar. Acompañaban al ejército cristiano Gaston de Lyon, senescal de Tolosa con algunos caballeros franceses, y el lord Scales, conde de Rivers, enlazado con la sangre real de Inglaterra, acudillando trescientos hombres de su casa, armados de arcos y de hachas á la manera de su tierra. Estos ilustres aventureros habian venido á España atraídos por la fama de los reyes de Castilla á tomar parte con ellos en las guerras contra los moros.

Pronto se les presentó ocasion de ver por sí mismos lo que eran combates entre sarracenos y españoles. Comenzó la pelea con furioso ardimiento entre Boabdil, Ben Aliatar y los abencerrajes por una parte, don Alonso de Aguilar, el marqués de Cádiz y los hidalgos andaluces por otra. El rey Chico, que se hacia notar por su fina y brillante armadura, gallardo y apuesto en su presencia, y mas valiente que afortunado, tuvo que ser retirado del campo por sus abencerrajes, brotando sangre en abundancia por dos heridas que le abrieron los tiradores del marqués de Cádiz. Las furiosas acometidas de Hamet el Zegrí no bastaron á impedir á Fernando sentar sus reales en las colinas, colocar su artillería, fortificar sus trincheras y atacar la plaza por cuatro puntos simultáneamente. Allí comenzó á distinguirse entre otros capitanes el jóven Gonzalo de Córdoba, cuyas proezas habian de resonar por todo el mundo. Asaltada la ciudad por puertas, por muros y por tejados, arrollados los moros en calles y plazas, refugiáronse al alcázar despues de tres horas de mortandad, dejando la poblacion sembrada de cadáveres y á la merced de la soldadesca cristiana, que saqueaba á discrecion y degollaba sin piedad. El caballero inglés, conde de Rivers, que al frente de su cohorte habia combatido armado de punta en blanco descargando con su hacha golpes tan terribles que dejaba asombrados á los mas robustos montañeses, al dar el asalto del arrabal recibió una pedrada que le arrebató dos dientes y le derribó sin sentido en tierra. Á su vez Hamet el Zegrí habia sido herido tambien de una lanza cristiana, despues de presenciara la muerte de muchos valerosos alcaides y de muchos feroces gomeles de los de su tribu. Oponíase Boabdil á pedir capitulacion, á pesar de su mal estado y del abatimiento de los encerrados en el alcázar, temiendo la cólera de Fernando. Un discurso de Ben Aliatar le decidió á hacerlo, y se enarbó la bandera de parlamento en el castillo. Gonzalo de Córdoba fué el elegido para conferenciar con Boabdil, por ser amigo personal suyo desde la prision del rey moro en Porcuna. Con Hamet el Zegrí trató al propio tiempo el marqués de Cádiz. Al cabo de algunas conferencias quedó concertada la entrega del castillo con las condiciones siguientes:

Boabdil abdicaria el título de rey de Granada; en su lugar se le daria el de duque ó marqués de Guadix con el señorío de esta ciudad si se ganaba antes de seis meses; de otro modo obtendría la grandeza de Castilla: habia de hacer guerra sin descanso al Zagal, su tío: á los soldados y moradores de Loja se les permitiría pasar con sus bienes muebles á África ó Granada, ó á cualquier punto de la España cristiana, si lo preferían. Dados algunos rehenes para la seguridad del cumplimiento de la capitulacion, se entregó la fortaleza (29 de mayo, 1486), cuyo gobierno se encomendó al señor de Fuentidueña don Alvaro de Luna. Con llanto en los ojos evacuaron los moros á Loja, conduciéndolos el marqués de Cádiz hasta dejarlos en lugar seguro. El rey Chico salió casi desfallecido en compañía de Gonzalo de Córdoba á besar la mano á Fernando, que le recibió con la dulzura y benignidad que acostumbraba á usar con los vencidos. Curado Boabdil en Priego de sus heridas por físicos cristianos, trasladóse á Lorca para alimentarse desde allí la guerra contra su tío el Zagal. Así se rindió la soberbia Loja, que pocos años antes habia visto retirarse de delante de sus muros con poca honra al ejército cristiano, y así vengó Fernando la afrenta que en otro tiempo le habia hecho sufrir el brioso y altivo Aliatar. La reina Isabel celebró en Córdoba tan señalado triunfo de la manera que solia hacerlo, distribuyendo limosnas y repartiendo dádivas y consuelos á los cautivos rescatados. Queriendo hon-

rar con un rasgo de esplendidez al valeroso gentil-hombre inglés, señor de Scales, le hizo un presente de doce hermosos caballos, de joyas y telas preciosas, dos camas con colgaduras de tisú de oro ricamente labrado, y una magnífica tienda de campaña (1).

Un acontecimiento interesante, ó mas bien un espectáculo dramático y tierno ocurrió poco despues en el campamento del ejército cristiano. Á la conquista de Loja habia seguido la rendicion de Illora, asaltada con arrojo por la gente del duque del Infantado (2), y el ejército habia procedido á cercar á Moclin. Esperábase aquí á la reina Isabel para concertar á su presencia y con su dictámen el plan de las operaciones subsiguientes. Un brillante y lucido cuerpo al mando del marqués duque de Cádiz se habia adelantado á saludar á la ilustre princesa junto á la Peña de los Enamorados. Saludó Isabel muy cordialmente al esclarecido conquistador de Alhama, á quien estimaba como á la flor y espejo de sus caballeros, y prosiguió por Archidona á Loja, donde solo se detuvo el tiempo preciso para premiar á los valientes y socorrer y consolar á los heridos y enfermos. Aguardábasele con impaciente entusiasmo en el campamento de Moclin (junio, 1486). Grande y general fué el júbilo cuando se divisó la régia comitiva. Á la media legua de la villa la esperaba el duque del Infantado con un brillante séquito de caballeros vestidos de toda gala. Á su llegada abatió la hueste de Sevilla su vieja bandera, y á esta señal resonaron por el campo los vivas de todo el ejército.

Llevaba á su lado la reina de Castilla su hija la infanta Isabel, y rodeábala un cortejo de ilustres damas, todas en mulas cubiertas de ricos jaeces. Cabalgaba Isabel en una mula de color castaño, con silla guarnecida de oro y plata, enmantillada de terciopelo carmesí bordado de oro, con falsas bridas de raso entrelazadas con letras de aquel precioso metal. Cubria su cabeza un sombrero negro bordado, su cuerpo un manto de grana á estilo de las princesas árabes, y debajo vestia brial de terciopelo, y saya de brocado. Llevaba dos faldas de brocado y terciopelo, y una especie de capuz morisco de escarlata, á usanza de las nobles doncellas granadinas. Los caballeros y donceles del ejército iban luciendo sus mejores arreos y haciendo alarde de gallardía y gentileza al lado de las damas castellanas, y contrastaban con aquellos lujosos trajes las viejas y acribilladas banderas que se humillaban á hacer el saludo de honor á la ilustre heroína. Adelantose en esto á recibir á su amada esposa el rey Fernando con vistoso séquito de nobles andaluces y de grandes de Castilla. Montaba el rey un soberbio corcel castaño; vestia jubon carmesí y calzas de raso amarillo; cubria su coraza una sobreveste de brocado, y de sus hombros pendia un manto de lo mismo; ceñía al costado una cimitarra morisca. Entre los caballeros que acompañaban al rey se distinguía por su exquisito porte el noble inglés conde de Rivers, vestido de punta en blanco, con sombrero de plumaje á la francesa, sobretudo de brocado de seda tambien francés, y un broquete pendiente del brazo con bandas de oro. Caracoleaba en su soberbio caballo cubierto con ricos paramentos con tal garbo, soltura y gallardía, que excitaba la admiracion de los mejores jinetes españoles.

Saludáronse el rey y la reina al encontrarse, haciéndose tres reverencias. Luego se acercó Fernando y besó afectuosamente en la mejilla primeramente á su esposa y despues á su hija Isabel, trasladándose seguidamente á las tiendas que les tenian preparadas (3).

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, caps. 78 y 79.—Fernando del Pulgar Crón., p. III, c. 58.—Pulgar el de las Hazañas, Breve parte de las hazañas del Gran Capitan.—Lucio Marineo, Cosas memorables, folio 172.—Pedro Mártir de Angleria, Opus Epist., lib. I.

(2) Cuéntase que este personaje, el cual se distinguía entre los demás caballeros por su ostentoso boato personal y por el lujo con que llevaba su gente, viendo á sus vasallos un instante detenidos por la lluvia de proyectiles que sobre ellos caian al asaltar á Illora, les arengó energicamente y entre otras cosas les dijo: «¿Dareis lugar á que digan que llevamos mas gala en nuestros cuerpos que esfuerzo en nuestro corazon, y que solo somos soldados de día de fiesta?»

(3) Bernaldez, el Cura de los Palacios, da todos estos curiosos pormenores en su Historia MS. de los Reyes Católicos, c. 80.



Era ciertamente un espectáculo interesante y tierno el de un ejército que se entusiasmaba y fortalecía con la presencia de una mujer. Pero era una mujer á quien capitanes y soldados estaban igualmente agradecidos, porque á ella se debían los aprestos y recursos de la guerra, era el alma de todo, y á todos atendía y de todos cuidaba con solicitud prodigiosa, y la veían dispuesta hasta á compartir con ellos las privaciones y las fatigas de la guerra. Isabel continuó en efecto con el ejército durante esta campaña, que habiendo comenzado por la conquista de Loja, y proseguido por las de Illora, Moclin, Montefrío, Colomera y el Salar, concluyó con una tala rigurosa en la vega de Granada, siendo Isabel la que tomaba medidas y disposiciones para la conservación y seguridad de las poblaciones y castillos conquistados.

La conducta de Boabdil en Loja, su debilidad, su falta de fe, y sobre todo el compromiso á que suscribió de mantener guerra contra su tío el Zagal, encolerizó á este en términos que desplegó una persecución á muerte contra todos los parciales de su sobrino, y envió emisarios que con pretexto de una conferencia con Boabdil le propinaran uno de aquellos venenos activos y sutiles que conocían y empleaban los árabes. Súpolo el rey Chico y escribió al Zagal: «No apacaré mi sed de venganza hasta ver clavada en una puerta de la Alhambra tu cabeza.» Respirando encono y acompañado de sus abencerrajes corrió la áspera cordillera que se extiende desde Velez Blanco á Granada, y se apareció una madrugada al pie de los muros del Albaicín, cuyos habitantes se prepararon á defender á su soberano. Apercibido el Zagal, enarboló banderas en la Alhambra, mandó tocar los anafles y atambores, multitud de zegríes y de negros africanos corrieron furiosos á atacar á los abencerrajes que esperaban atrincherados en las calles contiguas al Albaicín. Ambas facciones combatían con igual saña; el que caía en manos de sus contrarios era sin remedio degollado instantáneamente; corría á torrentes la sangre de bizarros jóvenes musulmanes; á veces les parecía estrecho el recinto de la ciudad, y salían á pelear á la Vega; volvían á la población y se renovaba el combate. Viéndose estrechado el rey del Albaicín por el rey de la Alhambra, y notando desánimo en sus parciales y defensores, pidió auxilio al frontero cristiano don Fadrique de Toledo. Con grande alegría vió el rey Chico asomar por las montañas de Sierra Elvira las banderas y las lanzas cristianas; el mismo Boabdil salía á recibir á sus auxiliares, pero encontráse con una fuerte línea de tropas del Zagal que impedían su reunión.

Un caballero árabe se vió cruzar al campamento de los cristianos seguido de una pequeña escolta. Era un emisario del Zagal encargado de proponer á don Fadrique de Toledo una alianza con Castilla bajo condiciones mas ventajosas que las estipuladas con Boabdil. Don Fadrique, que tenía instrucciones del rey Fernando para fomentar la discordia entre los dos soberanos granadinos, envió al intrépido comendador don Juan de Vera para que tratara personalmente con el mismo Zagal. Espléndidamente recibió el rey moro en los magníficos salones de la Alhambra al comendador cristiano. No así algunos de sus fanáticos servidores, que no pudiendo tolerar los agasajos que se hacían á un descreído en el grande alcázar de los soberanos musulmes, provocábanle con pláticas y cuestiones religiosas, descendiendo á comparaciones obscenas entre la madre de Mahoma y la madre de Dios. Apurósele la paciencia al fogoso cristiano, y desnudando su acero dividió de un solo tajo en dos piezas la cabeza de uno de los imprudentes y provocativos moros. Moviése gran alboroto en la Alhambra; por todas partes no se veían sino alfanjes desnudos; el cristiano se defendía con serenidad imperturbable de las muchas cimitarras que se dirigían á su pecho; acudió el Zagal, restableció el orden, protegió al embajador cristiano, é informado de la causa del alboroto castigó ejemplarmente á los promovedores. Mas no tardó en difundirse por la ciudad la voz de que había cristianos en el alcázar, introducidos por renegados traidores: tumultuóse el populacho, y temiendo el Zagal su actitud amenazante y feroz, apresuróse á poner en salvo al cristiano dándole uno de sus mas ligeros caballos y un disfraz. Rápidamente cruzó Juan de Vera por entre las turbas de los moros, ganó el campo, y corriendo á toda

brida se incorporó con don Fadrique y le refirió su aventura. El caudillo cristiano escribió al Zagal dándole las gracias por su generoso comportamiento, regaló al intrépido comendador el mejor de sus caballos, é informada por él la reina de Castilla del arrojío y de los peligros de Juan de Vera, amiga de no dejar nunca sin premio las acciones heroicas, le hizo merced de trescientos mil maravedís. Contento don Fadrique de Toledo con haberse mostrado amigo de los dos príncipes musulmanes, sin comprometerse con ninguno, se retiró con su hueste á Loja dejándoles que se destrazaran entre sí.

Otros continuaron su obra y su política. El joven Gonzalo de Córdoba, alcaide de Illora, Martín Alarcon, que lo era de Moclin, y los demás gobernadores de las plazas últimamente conquistadas, viendo la decadencia en que iba el partido de Boabdil, propusieron auxiliarse por lo menos hasta nivelar otra vez las fuerzas de los dos rivales é implacables moros. Por feliz se contó con tan oportuno socorro el rey Chico, y reanimados tambien sus partidarios se renovaron con furor los combates en Granada y sus inmediaciones. Por meses enteros continuó una lucha sangrienta en los barrios, en las calles y en las plazas de la ciudad entre las dos encarnizadas facciones; era una matanza diaria y una situación horrible. La fuerza de la necesidad y las gestiones de los alfaquíes, de los ancianos y de los hombres pacíficos, movieron ya á pensar en poner término á aquel angustioso é intolerable estado; mas cuando Gonzalo de Córdoba, cuya espada había brillado ya algunas veces hasta en las calles del Albaicín, vió los ánimos predispuestos á la paz, atizó de nuevo la discordia haciendo halagüeños ofrecimientos á los partidarios de Boabdil, y se retiró con los demás alcaides cristianos dejando á los dos príncipes moros y sus secuaces desgarrándose con ruda y rencorosa saña.

Habían entre tanto los reyes de Castilla y Aragon reunido en Córdoba y su comarca un ejército formidable, que las crónicas de aquel tiempo hacen subir á la cifra de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos, que de todas las provincias de España habían concurrido gustosos á aquella guerra; testimonio inequívoco del entusiasmo que aquellos monarcas habían sabido excitar en sus pueblos. A la cabeza de tan numerosa hueste salió el rey Fernando de Córdoba (7 abril, 1487), sin arredrarle los funestos pronósticos que la gente supersticiosa fundaba en un temblor de tierra que la noche antes había conmovido algunos edificios, y hasta el mismo alcázar de la ciudad. Acompañábanle los capitanes que mas fama habían ganado en las anteriores campañas, el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, los condes de Cabra y de Ureña, los duques de Plasencia y de Medinaceli, don Alonso de Aguilar, don Fadrique de Toledo, el clavero de Calatrava, el conde de Cifuentes, recién rescatado del cautiverio en que quedó desde el desastre de la Ajarquía, y otros ilustres caballeros y caudillos, entre los cuales no era el menos principal el entendido ingeniero Francisco Ramirez de Madrid, jefe superior de la artillería, á quien mandó ponerse en movimiento con sus trenes desde Écija, donde se hallaba acantonado. La expedición se dirigía contra Velez-Málaga, plaza situada á orillas del mar, á cinco leguas de Málaga, y al extremo de una cordillera de montañas que se extiende hasta Granada, enseñoreando un valle apacible y casi rodeado de bellas y fértiles colinas, cubiertas de sabrosos y sazonados frutos y primorosamente laboreadas. Su ocupación equivalía á cortar las comunicaciones entre las dos principales ciudades del reino granadino; era por lo tanto importante; pero por lo mismo difícil de conquistar y peligrosa de sostener. Un recio temporal de aguas que hizo salir de sus cauces los rios, desbordarse los torrentes y convertirse en pantanos las llanuras, puso casi intransitables los caminos en un terreno de por sí harto desigual, áspero y montuoso. Pasábanse dias sin que ni pudiera avanzar el ejército, ni encontrara dónde acampar: soldados y acémilas sucumbían desfallecidos bajo el peso del arnés ó de la carga, ó resbalaban y caían por las laderas de las montañas. Merced á dos mil peones que llevaba delante el alcaide de los Donceles, armados de barras y de picos, de pontones para atravesar los arroyos, y de otros útiles para allanar cuevas y rellenar pantanos, pudo irse facilitando paso á la

infantería, y al cabo de nueve dias de penosísima marcha acampó el ejército delante de Velez, y tras él las pequeñas piezas de batir, no habiéndose podido llevar las lombardas y artillería gruesa (1).

Sorprendiéronse los moradores de Velez al ver desplegarse cerca de sus muros columnas y banderas cristianas que muchos no habían visto nunca, al propio tiempo que por el mar se aproximaban muchas galeras con gallardetes que no eran moriscos. Pero repuestos del primer pavor, y apenas el rey había asentado sus reales, hicieron una salida en que acuchillaron una banda de cristianos que fortificaban una eminencia contigua. Descuidadamente comía Fernando en su tienda cuando oyó la gritería y el tropel de los fugitivos: sin vacilar un punto montó en su caballo, y saliendo con algunos de sus confínos, sin otra armadura defensiva que un peto, arremetió briosamente á los moros, sepultó el hierro de su lanza en el pecho de un musulman que acababa de matar á sus piés á uno de sus palafreneros, y de tal manera y tan ciegamente se metió entre los enemigos, que de cierto hubiera perdido la vida si tan oportunamente no se hubieran interpuesto el marqués de Cádiz, el conde de Cabra, el adelantado de Murcia y los capitanes Garcilaso de la Vega y Diego de Ataíde, que salvaron á su soberano y ahuyentaron á lanzadas á los moros. Expusieron estos caballeros que era temeridad arriesgarse de aquella manera su vida, á lo cual respondió Fernando que les agradecía el consejo, pero que «no podría buenamente ver los suyos sufrir, é no aventurarse por los salvar» respuesta que le granjeó el amor del ejército, pero que produjo tambien cariñosas reconvenções de parte de la reina por el ardimiento excesivo con que se arrojaba á las batallas (2).

En este sitio de Velez expidió Fernando unas ordenanzas rigurosas, prohibiendo á los soldados bajo las mas severas penas las riñas, las blasfemias y los juegos de azar, á lo cual se debió el orden, la disciplina y la compostura que se conservó en un ejército compuesto de gentes de tantos países. Atento á todo, destacó fuerzas que vigilaran y defendieran los cerros de la parte de Granada, y cuando todo estuvo dispuesto ordenó el ataque y asalto de la ciudad. La toma de los arrabales costó la vida á algunos caballeros cristianos, pero los moros dejaron en ellos hasta ochocientos cadáveres. Intimidada la rendición de la ciudad, nególa obstinadamente el alcaide Abul Cacim Venegas, fiado en que no podía llegar la artillería gruesa y en el socorro que pensaba recibir de Granada. En efecto, el Zagal, informado del conflicto de los de Velez é instigado por los alfaquíes granadinos, hizo, aunque de mala gana, y con el temor de que Boabdil se apoderara de la capital durante su ausencia, el sacrificio de aventurar su fortuna acudiendo en socorro de los de Velez. Hogueras encendidas en las cumbres anunciaron á los cristianos la presencia del enemigo en las alturas, al propio tiempo que infundieron esperanzas á los cercados. Todo lo había previsto el rey, y enviando primeramente á Hernan Perez del Pulgar *el de las Hazañas* á reconocer las fuerzas enemigas, atacadas estas despues por los valientes del marqués de Cádiz, del conde de Cabra y otros esforzados capitanes, los moros de Velez vieron con desconsuelo retirarse de los cerros dispersas y en derrota las tropas del Zagal. El desmayo y desaliento de los sitiados llegó á su último punto al oír el ruido de los trenes de la artillería gruesa y de los carros de municiones, que conducidos por el maestre de Alcántara, superados como por encanto obstáculos que se creían invencibles, llegaban al campamento cristiano con gran júbilo del ejército sitiador.

Ya no quedó esperanza alguna á los de la ciudad; todos reconocieron la imposibilidad de resistir, y Abul Cacim Venegas concertó su rendición con el conde de Cifuentes, su antiguo cautivo, bajo las acostumbradas condiciones de seguridad de vidas y bienes muebles, de poder trasladarse libremente á África ó á Granada, y de ser respetados en sus costumbres, creencias y culto los que quisiesen permanecer como nudes-

ores ó vasallos de Castilla. Entregada la ciudad (3), se enarboló el estandarte de la fe en los torreones del alcázar, y se purificó y convirtió la mezquita principal en templo cristiano, segun costumbre. Á la rendición de Velez Málaga siguió la de muchas villas y fortalezas de la Ajarquía, cuya guarnición se encomendó á capitanes valerosos, entre los cuales se encuentra ya el nombre de Pedro Navarro, que despues se hizo tan célebre por sus hazañas.

Otro resultado importantísimo produjo la conquista de Velez. Los temores del Zagal al salir de Granada se realizaron. La veleidosa plebe, propensa siempre á interpretar como desaciertos los infortunios, noticiosa de la derrota del Zagal en los cerros de Velez, púsose casi toda de parte de Boabdil y entre vivas y aclamaciones le condujo al palacio de la Alhambra. Cuando el Zagal regresaba de su malograda empresa, encontró antes de llegar á Granada algunos de sus amigos que con acento triste le dijeron: «Volveos, señor; Boabdil impera en Granada, y hallareis cerradas las puertas de la ciudad.» Á tan funesta nueva el desventurado Zagal alzó los ojos al cielo, calló, torció las riendas de su caballo, y tomó por la Alpujarra el camino de Guadix, que seguía su voz como Baza y Almería. «Así desamparan siempre los hombres, exclama aquí el escritor árabe, á los perseguidos de la fortuna (4).»

Quedaba Málaga, la feraz y opulenta Málaga, el emporio del comercio de los sarracenos españoles con África y con Oriente, incomunicada con Granada, aislada y sola entre el mar y entre poblaciones en que ondeaban ya las banderas de Castilla. Natural era que Fernando, dueño ya de Velez, pensara en redondear con la conquista de aquella importante plaza la de toda la costa occidental del reino granadino, y cortar de una vez la comunicacion de África con la península española. Pero Málaga, situada á la orilla del Mediterráneo, protegida por dos fuertes castillos, Gibralfaro y la Alcazaba, que se enlazaban y comunicaban por galerías subterráneas, ceñida de un grueso muro reforzado con torreones, provista de artillería y de toda clase de municiones de guerra, estaba bien preparada para un sitio, y sobre todo la defendía el terrible Hamet el Zegrí con sus fieros gomeles y sus feroces africanos, conocidos ya por su genio belicoso y por su rudo y bárbaro valor en los combates. En cambio los comerciantes y mercaderes, los propietarios y labradores y la gente acomodada y rica de Málaga, avezados á las comodidades, á los goces y á los placeres de la paz, suponiendo y temiendo los horrores y trastornos de un ataque formal por parte de los conquistadores de Velez, entablaron clandestinas negociaciones con Fernando por medio del opulento comerciante Ali Dordux y del alcaide de la Alcazaba Aben Comixa para entregarle la ciudad á trueque de no sentir los males de una resistencia que contemplaban inútil. Mas estos tratos no fueron tan secretos que no llegaran á noticia de Hamet, el cual montando en cólera mandó inmediatamente degollar á cuantos supo que tenían participacion en ellos y pudo haber á las manos, y proclamándose jefe único y superior de la población, amenazó ejecutar lo mismo con los que estuviesen tibios en la defensa.

Fernando, á quien tambien hubiera agradado mas ganar la plaza por tratos y convenios que por los medios siempre crueles de la guerra, no desmayó por eso, y de acuerdo con el marqués de Cádiz envió al Zegrí dos emisarios, uno de ellos un noble y acaudalado moro de Málaga de los de la capitulación de Velez, con cartas reservadas, haciendo ventajosas proposiciones á Hamet y á los demás caudillos, y en general á todos los malagueños. Recibió el Zegrí muy cortésmente y aun agasajó á los embajadores en el castillo de Gibralfaro, manifestando grande aprecio y consideracion al marqués de Cádiz. Mas al tratarse de las proposiciones y ofrecimientos, el altivo moro no solo las rechazó con desden, sino que no queriendo acabar de escucharlas se apresuró á despachar los comisionados dándoles un salvo-conducto para que pudiesen

(1) Pulgar, Crón., p. III, caps. 69 y 70.—Bernaldez, c. 82.—Galindez de Carvajal, Anales, A. 87.—Vedmar, Antig. y Grandezas de Velez, l. I.

(2) El escudo de armas de Velez representa este suceso y figura un rey á caballo trasapando con su lanza á un moro.

(3) La escritura de capitulación se hizo en 27 de abril, y la entrega en 3 de mayo.—Vedmar, Antig. y Grand. de Velez, lib. VI.—Pulgar, part. III, c. 72.—Bernaldez, c. 52.—Marmol, Rebel., lib. I.

(4) Conde, Domin., p. IV, c. 39.